

Imperialismo. La Europa-potencia y el militarismo europeo

■ **Claude Serfati ***

Viento Sur Nº 74

www.vientosur.info

Desde hace algunos meses, se habla mucho de la “Europa-potencia” o, más a menudo, de su ausencia. La expresión tiene una popularidad facilitada por su imprecisión semántica. Cuando se mide la potencia por el peso económico o militar, la expresión corresponde además a una inexactitud factual. Puede parecer ligeramente absurdo no calificar la potencia militar de la UE que cuenta con el 20% de los gastos militares mundiales en 2002 (fuente: SIPRI, 2003), que coloca 29 grupos en la clasificación de los 100 primeros grupos mundiales. (fuente: Defense News, 2003). La hipótesis de este artículo es que la Política de Seguridad y de Defensa Común (PSDC), más allá de sus avances limitados, favorece una dinámica que refuerza el militarismo de los grandes países europeos y el de la UE como entidad política. El “factor transatlántico” sigue siendo primordial, lo que no excluye la búsqueda de una autonomía operativa que, según algunos, haría más sólida la emergencia de un “imperialismo posmoderno” europeo. El artículo discute después sobre la “forma Estado” que se constituye en la Unión Europea.

Aunque las primeras tentativas europeas en el terreno de la defensa sean anteriores a la creación de la CEE, hay que esperar a 1992 (Tratado de Maastrich) para que las cuestiones de defensa sean (prudentemente) introducidas en un tratado.

Claro y ofensivo sobre la creación de la moneda única, el tratado es más que prudente sobre la política exterior y de seguridad común (PESC) que depende del mismo pilar (intergubernamental) y por tanto de la toma de decisión por unanimidad. Las fórmulas son vagas ¹, el horizonte es indefinido, las modalidades imprecisas. Los avances existen, por ejemplo la Cumbre francobritánica de Saint- Malo (4 de diciembre de 1998) que propone la puesta en pie de una capacidad política y militar de la UE. A finales de los años noventa, la PESC es así provista de una PSDC.

La historia de la PSDC

Otra iniciativa importante tomada en junio de 1992 marca la historia de la PSDC. El Consejo europeo reunido en Petersberg fija a las fuerzas armadas de los países europeos misiones humanitarias y de salvamento, de mantenimiento de la paz y de fuerza de combate en la gestión de las crisis, incluyendo el restablecimiento de la paz (peacemaking). Estas misiones calificadas luego como misiones de “Petersberg”, son confirmadas e inscritas en el tratado de la Unión como los objetivos centrales asignados a la defensa europea por construir (artículo 17.2). Como ocurre a menudo en la diplomacia internacional,

las traducciones de los textos en las diferentes lenguas de los Estados miembros dejan sitio a lo que, en el lenguaje de las cancillerías, es llamado una “ambigüedad constructiva”, y que significa más sencillamente la utilización a la carta de los textos.

Así, algunos expertos consideran que la participación de los países europeos en la Guerra del Golfo de 1991, y bastante antes en la Guerra de Corea (1952) pueden ser consideradas como “misiones de Petersberg” ¹². Además, no hay duda de que las misiones de peacemaking, término relativamente neutro, incluyen de hecho el uso de medidas coercitivas. La flexibilidad de las formulaciones adoptadas por la UE permite al grupo de trabajo sobre la Constitución consagrado a la defensa someter propuestas que, de hecho, amplían la gama de las “misiones de Petersberg” (por ejemplo a la asistencia militar y a la cooperación con las fuerzas armadas de países terceros) ¹³.

Estos objetivos han sido acompañados de decisiones que apuntan a permitir su puesta en marcha operativa mediante la creación de una “fuerza de reacción rápida”. Las cumbres de Colonia (junio de 1999) y de Helsinki (diciembre de 1999) definen un “objetivo global” (headline goal) destinado en el horizonte de 2003, a dotar a la UE de capacidades militares. Estipula que “los Estados miembros, deben ser capaces, de aquí a 2003, de desplegar en sesenta días y por una duración de al menos un año fuerzas militares que pueden llegar hasta 50- 60.000 personas capaces de llevar a cabo el conjunto de las misiones de Petersberg” ¹⁴. El puesto de Alto Representante (creado en 1999) confiado a Javier Solana, que acababa de abandonar el puesto de secretario general de la OTAN, y otras medidas de coordinación de los estados mayores figuran igualmente entre los elementos constitutivos de la política de defensa común.

El proyecto de tratado que instituye una Constitución para Europa oficializa de alguna forma la existencia de una “política de seguridad y de defensa común (...) que incluye la definición progresiva de una política común de defensa de la Unión. Ésta conducirá a una defensa común, una vez que el Consejo Europeo lo haya decidido por unanimidad” (art. 40). El mismo artículo del tratado recuerda que esta política respeta los compromisos de los Estados miembros “que consideran que su defensa común se realiza dentro de la Organización del Tratado del Atlántico Norte”.

El “factor transatlántico”

El “factor transatlántico” está, en efecto, omnipresente en las cuestiones de defensa, tanto en el plano político-estratégico (doctrina, capacidades) como tecno-industrial.

Una lectura, incluso rápida, de los documentos oficiales y las declaraciones de los representantes de los gobiernos no deja lugar a dudas: la defensa europea no tiene ninguna existencia y ningún futuro fuera de los fuertes lazos que mantiene con la OTAN. Este hecho está totalmente reconocido por los países miembros, incluida Francia, cuyos gobiernos tanto de derecha como de izquierda reafirman periódicamente su adhesión a la OTAN ¹⁵. La discusión está

circunscrita al grado de autonomía del que puede disponer la UE en sus decisiones de implicación militar.

La convergencia de puntos de vista entre los EE UU y la UE está, en primer lugar, en los principios y valores a defender. No hay necesidad aquí de extenderse sobre la visión fundamentalmente parecida del futuro de la “mundialización” fundada en los principios de la democracia, de la paz, y de la economía de mercado. Esto no significa que, en el contexto de crisis que una buena parte del Planeta conoce de forma endémica o súbita, y que ha alcanzado en 2000 a los EE UU, que son el “epicentro” (en el sentido climático) de la mundialización del capital, la competencia no se agudice. Permanece, sin embargo, circunscrita a un marco “pacífico” ¹⁶.

Un segundo factor de convergencia se refiere al estado de las capacidades militares. En el decenio de los 90, en las guerras de envergadura realizadas (y no en las operaciones militares que se han multiplicado, en general bajo el mandato de la ONU), es decir la Guerra del Golfo (1991), la Guerra en Serbia (1999), la Guerra en Afganistán (2002), los EE UU aseguraron no sólo la dirección operativa, sino que también proporcionaron lo esencial (del 80% al 90%) de las capacidades militares desplegadas. Los Ejércitos de los países de la UE están de hecho integrados en las alianzas dirigidas por los EE UU que son desarrolladas en esas guerras. Esta dependencia de los países europeos fue teorizada hace algunos años por la secretaria de Estado de Clinton, Madeleine Albright, que lanzó el slogan de “No decoupling, no duplication, no discrimination”. En el seno de la OTAN, no puede haber “desacoplamiento” entre las capacidades militares europeas y americanas, como tampoco en su utilización; en el lenguaje inimitable de los expertos en defensa, los medios militares pueden “estar separados, pero no son separables”. No debe haber en ellos “duplicaciones” de producción de materiales (en nombre de la racionalización de los medios y de la economía de los recursos); en fin, ninguna “discriminación” debe existir en el seno de la Alianza Atlántica entre los países europeos, pertenezcan o no a la UE (esto, a fin de facilitar la adhesión de los países del PECO a la OTAN, antes de su entrada en la UE). Esta defensa en “tres dimensiones” sigue siendo el principio director.

En fin, factores tecnoindustriales favorecen la convergencia. Los EE UU han apretado de nuevo el acelerador en la carrera tecnológica militar que intenta impedir a todo enemigo potencial amenazarles verdaderamente. Esta carrera crea también un “efecto umbral” con sus aliados, que son a la vez socios y competidores en el terreno económico. En 2002, los gastos de equipo militar de los EE UU han alcanzado 83,6 millardos de dólares (dólares del año 2000) y los de sus aliados europeos de la OTAN (Francia incluida), 19,3 millardos de dólares. La distancia entre los EE UU y Europa, que con toda seguridad ha aumentado desde esa fecha, es aún más grande en materia de gastos consagrados a la innovación tecnológica militar (la diferencia de gastos es de 1 a 8). Los grandes países europeos productores de armas, principalmente el Reino Unido, Francia y Alemania, desarrollan y producen equipamientos militares que deben ser compatibles al máximo con los equipamientos producidos en los Estados Unidos debido a su utilización conjunta en guerras y operaciones militares. La “transatlantización” de las industrias de armamento

es entonces un camino inevitable; los grupos europeos están obligados a ir a buscar a los EEUU los créditos de I+D del Departamento de Defensa y los pedidos de los ejércitos americanos ¹⁷. No es sorprendente que Bae Systems que ha orientado deliberadamente su estrategia hacia lo militar (80% de su cifra de negocios) y marginado sus actividades civiles, esté ampliamente comprometida en programas financiados por el Pentágono. Pero EADS, cuya actividad civil adosada a la producción de Airbus es ampliamente mayoritaria (80% de su cifra de negocios), busca igualmente aumentar su actividad militar y multiplica los acuerdos con todos los grupos americanos de la defensa, incluido Boeing (en el marco del programa de defensa antimisil). Esto revela la complejidad de las relaciones de competencia y de cooperación, a menudo plagadas de intrigas, que caracteriza los comportamientos de los grupos multinacionales en ciertas industrias mundiales, puesto que EADS compite a la vez con el grupo americano en los segmentos civiles (Airbus versus Boeing) y es su socio en ciertos segmentos de la producción militar. Se comprende por qué los dirigentes del grupo europeo son fervientes partidarios del despliegue de un sistema de defensa antimisil europeo. El gobierno francés, tras haber declarado su hostilidad (en nombre de los riesgos de agravación de la carrera de militarización del espacio) desarrolla programas de armas que pueden figurar en un sistema así.

La imposición del factor transatlántico no significa la ausencia de divergencias entre los EE UU y sus aliados, como muestra la guerra en Irak encabezada por Bush. Una parte de los gobiernos europeos observan con consternación, incluso con cólera, cómo los EE UU utilizan la violencia militar (en nombre de la lucha antiterrorista) con el objetivo de obtener ventajas económicas “privadas” unilaterales. Estos gobiernos intentan acelerar las medidas que favorezcan la constitución de un potencial militar europeo. La puesta en marcha de capacidades militares autónomas, el objetivo buscado por los gobiernos más decididos, comienza tímidamente a ser alcanzado (ver más adelante). Esta voluntad se acompaña de un esfuerzo por defender la producción de equipamientos europeos y, cuando es posible, promover programas europeos.

Europa potencia e “imperialismo posmoderno”

La constitución de una potencia militar europea está considerada como un punto de llegada que coronaría el edificio construido desde hace seis decenios. La integración comercial, la circulación del capital y del trabajo, la creación de una moneda única que jalonan la historia de la UE no esperarían más que la etapa de “defensa común”. La distancia entre la potencia económica y la potencia militar de la UE es frecuentemente subrayada, y cada vez más lamentada, en el momento en que los EE UU han decidido bajo la Administración Bush, aumentar aún más la utilización de sus ejércitos en la gestión de los asuntos del mundo.

Los partidarios de la construcción de una potencia militar europea se tranquilizan precisando que ésta no tendría nada que ver con una postura militarista. Una figura emblemática de esta posición es R. Cooper, consejero del primer ministro británico Tony Blair. Si seguimos a Cooper ¹⁸, que acaba de ser nombrado para un puesto junto a Javier Solana en Bruselas, Europa ha

entrado en la era de la posmodernidad que los EE UU no han aún alcanzado. El gobierno y el Congreso tienen aún reticencias a aceptar la interdependencia y sus corolarios: la apertura, la vigilancia mutua y la ingerencia que caracterizan esta nueva era. En cambio, la Unión Europea es el arquetipo de este tipo de Estado posmoderno puesto que la interferencia mutua y la transparencia son la regla en ella. La UE es más un Estado transnacional que supranacional, una asociación voluntaria más que la sumisión a un Estado central.

El imperialismo posmoderno que practica consiste en crear, bajo la égida de la ONU, un protectorado en Bosnia y en Kosovo y proporcionar soldados y medios materiales. La intervención (militar) humanitaria encuentra su justificación en la concepción universal (cosmopolita) de los derechos humanos de la que los Estados, que los violan demasiado a menudo, han dejado de ser el garante exclusivo.

Pascal Lamy, el comisario europeo de Comercio, y Zaki Laidi desarrollan un punto de vista convergente con el de Cooper. Partiendo de la distinción establecida por J. Nye entre hard y soft power (designando este último la capacidad de un país de obtener lo que quiere por la simple atracción que ejerce) ^{/9}, consideran que la UE no debe seguir los métodos de los EE UU en la gestión de las relaciones internacionales.

Éstos utilizan la fuerza militar para hacer prevalecer los intereses generales de paz, pero también sus intereses particulares. La UE, que tiene una larga historia de conflictos mortíferos, debe por el contrario afirmarse como un soft power. Los europeos pueden dotarse de un útil militar propio y de una diplomacia autónoma, pero no estarán probablemente puestos al servicio de una voluntad de dominación política.

De una parte porque “Europa ha agotado (sic) su necesidad de imperio”, de otra parte porque Europa, tiene pocas posibilidades de convertirse en un Estado-nación ^{/10}”.

La idea de que “Europa” defiende valores profundamente diferentes de los “EEUU” está muy extendida. Se encuentra entre quienes continúan viendo un “modelo social europeo” fundado en “la tradición política del movimiento obrero, la fuerza de las doctrinas sociales católicas e incluso ciertos principios normativos del liberalismo social” ^{/11}. En la vanguardia de la defensa de sus valores, se encuentra precisamente la “República Francia”, pues si los franceses mantienen la idea de que /pueden dar lecciones (en materia de libertades, de democracia, de república social francesa, etc.), no es ésta una pretensión de dominador, sino de artesano ^{/12}. La historia, antigua y reciente de África (no solo la de los Grandes Lagos) invita a más circunspección en el entusiasmo visceral de la “República Francia” por los valores universales. En cuanto a la reconstrucción de una Europa que sería el hogar permanente de la democracia y de los derechos humanos, “es, en gran medida, un mito” ^{/13}

Efectos sobre el militarismo europeo El comportamiento de la Administración Bush ha marginado, desde hace algún tiempo un poco más el examen crítico del militarismo europeo. El hecho es aún más patente en Francia, donde el antimperialismo americano, incluso cuando no se reduce a antiamericanismo,

permite demasiado a menudo ignorar la contribución de Francia a la defensa del “orden mundial” ^{/14}. Es ciertamente posible proclamar un escepticismo en cuanto a la capacidad de la UE para desarrollar “a tiempo” una Política de Seguridad y de defensa común (PSDC). Las fórmulas prudentes contenidas en el proyecto de tratado que instituye una Constitución para Europa indican que los gobiernos tienen plenamente conciencia de la amplitud de las divergencias y que están muy preocupados por mantener sus prerrogativas nacionales. No se puede, sin embargo, subestimar el papel jugado por estas iniciativas. Los avances en el terreno de la PSDC, incluso limitados, tienen efectos autoreforzadores sobre el militarismo europeo por, al menos, tres razones. En primer lugar, proporcionan un impulso no despreciable al desarrollo de la potencia militar de los Estados miembros de la UE, al menos de Gran Bretaña y de Francia. Estos dos, que son los más militarizados (sus gastos de equipamiento sumaban el 60% de los gastos totales de los países europeos en 2002), han decidido un aumento significativo de los gastos militares desde el comienzo de este decenio ^{/15}. Sus gobiernos estiman que, en razón del “rango” que estos dos países ocupan, deben tener un papel central en la defensa europea. Los aumentos de los presupuestos militares se conjugan con las iniciativas de cooperación y de fusión tomadas por los grupos europeos de la industria de defensa.

Además, los progresos de la PSDC permiten desarrollar cooperaciones entre países europeos voluntarios para llevar a cabo intervenciones militares sin tener que esperar a que todos los demás países se comprometan en ellas ^{/16}. El proyecto de tratado de la Constitución para Europa establece la posibilidad de “cooperaciones estructuradas”. Esta posibilidad multiplica las oportunidades de despliegue de las fuerzas armadas, y evita las molestas discrepancias de los Estados más reticentes a la utilización de la fuerza armada.

El ascenso como potencia militar de la UE se manifiesta en dos direcciones: el contenido de las misiones y las zonas de intervención. Sobre el contenido de la PSDC, la convergencia con los EE UU se está estableciendo sobre los objetivos y los medios de lucha contra el terrorismo, las armas de destrucción masiva y los “Estados fracasados” ^{/17}. En el terreno de las zonas geográficas de intervención militar, la voluntad de la UE de jugar un papel más ambicioso es también explícita. En relación con la declaración de la Cumbre de la OTAN en Washington (abril 1999), la UE ha ampliado el espectro de sus ambiciones militares. Desde la conferencia europea de noviembre de 2000 sobre los compromisos de capacidad militar, la referencia frecuentemente utilizada para definir el radio de las operaciones militares de la Unión Europea es de 4.000 km., lo que engloba la Europa Central y Oriental, África del Noroeste, la región del Cáucaso, y la parte occidental de Rusia ^{/18}.

En fin, se esperan iniciativas en el terreno de la PSDC: la creación de una “cultura europea de seguridad”, que como indican los debates sobre las cuestiones más importantes, “constituirá una mezcla de neorrealismo (fuerza de reacción rápida potente, sanciones y disuasión nuclear hipotética), de internacionalismo liberal (ayuda al desarrollo, incitaciones comerciales, asistencia civil), de universalismo moral (prevención de los conflictos), de intervencionismo... Esto proporcionará a los responsables una panoplia sin

igual de recursos que les permitirá enfrentarse a cualquier problema” ^{/19}. Esta gama ampliada de justificaciones a las intervenciones militares de la UE permite también conciliar las posiciones bastante contradictorias de los países miembros de la UE, que pueden fácilmente encontrarse en torno a valores emblemáticos del imperialismo posmoderno.

A fin de cuentas, las misiones militares que asumen los países de la UE fijadas por el Consejo de Feira (junio 2000) son de tres tipos: a) la OTAN sola, b) la UE utilizando los medios de la OTAN, c) la UE sola.

En junio 2003, por primera vez, la UE realizó en el Congo y a demanda de las Naciones Unidas una intervención militar (“Artemis”). La presencia de 1.200 soldados (principalmente franceses) marca el fin de la regla (no escrita) que autolimitaba las intervenciones de la UE en su “exterior cercano” (near abroad) (los 4.000 km. De radio alrededor de Bruselas) y que hacia el Sur, se quedarían por tanto en el Magreb. Terminada el 1 de septiembre la operación “Artemis” de despliegue de tropas en esas dos zonas, la UE está a la búsqueda de una misión a la que podrían ser enviados sus soldados ^{/20}.

La “forma Estado” de la UE y el militarismo

La formación de una potencia militar europea se considera una conclusión que culminaría el edificio construido desde hace seis decenios. La integración comercial, la circulación de los capitales y del trabajo, la creación de una moneda única que jalonan la historia de la UE no esperan más que la etapa de la “defensa común”. Los elementos presentados en este artículo indican efectivamente un refuerzo del militarismo europeo. Sin embargo, no permiten concluir en la existencia de una defensa común, que estaría basada en objetivos comunes, una estrategia única y capacidades operativas totalmente compartidas y que, de hecho, llevaría a la creación de una industria de armamento integrada, como la de los EE UU, o como pudo serlo, en menor medida, la industria francesa durante los años setenta y ochenta.

La realización de este objetivo significaría un avance significativo en la constitución de una potencia militar comunitaria y, más allá, en la formación de un Estado europeo. Estamos muy lejos de ello, pero sin embargo hay que intentar comprender las dinámicas que están en juego, así como sus límites. El capitalismo se ha impuesto históricamente como el resultado de una interacción entre el capital (relación social) y el Estado (forma de dominación política), pero el lugar fundamental del Estado no está circunscrito a la génesis del capitalismo (la “acumulación primitiva”). Uno de los aportes importantes de los teóricos del imperialismo de comienzos del siglo XX está en la reconsideración, que desarrollan de forma más o menos explícita, de la relación entre lo político, que incluye por supuesto la violencia militar, y lo económico ^{/21}. Sin embargo, los teóricos del imperialismo ponen su atención sobre el carácter muy “estadocéntrico” del movimiento de internacionalización del capital. Bujarin considera incluso que se ha formado progresivamente en los países capitalistas una especie de “trust capitalista nacional” que fusiona el capital y su Estado, y que sólo puede tener una solución violenta.

Una nueva configuración de las relaciones interestatales entre países capitalistas desarrollados, cuyo pilar han constituido y constituyen aún los EE UU, ha emergido de la Segunda Guerra Mundial. Las rivalidades entre los Estados nacionales de los países capitalistas desarrollados no han desaparecido, por supuesto, pero excluyen desde la Segunda Guerra Mundial, el uso directo de la fuerza armada como modo de solución de su conflicto ¹²². En este contexto profundamente modificado, la internacionalización del capital ha tomado formas diferentes, y su etapa actual (la “mundialización”) plantea en términos nuevos la cuestión de la relación del capital con el Estado. Las clases dominantes han intentado dotarse de una “arquitectura institucional” que les permitiría gestionar los conflictos y contradicciones planteadas por este movimiento de internacionalización del capital ¹²³. Aunque este movimiento sea antiguo, se ha acelerado y tomado una nueva dimensión, tras la Segunda Guerra Mundial, con la creación de instituciones internacionales, con competencia financiera (FMI, BM), comercial (GATT), etc. Algunos consideran incluso que un “Estado mundial” se está formando hoy, en tanto que expresión de la mundialización del capital y de la solidaridad de las clases dominantes ¹²⁴.

Europa, por un conjunto de razones conocidas, ha constituido un terreno privilegiado para los intentos destinadas a superar el modo de resolución bélica de las rivalidades nacionales, que había conducido a la barbarie de la primera mitad del siglo XX. La CEE ha proporcionado el marco en el que estas rivalidades han sido disciplinadas y las burguesías de Europa occidental han podido organizar ciertas alianzas para afirmarse en el mercado mundial. Mandel, analizando el movimiento de internacionalización del capital y subrayando la persistencia de las rivalidades interimperialistas (frente a la tesis del “superimperialismo”), estimaba que la constitución de un Estado burgués federal o supranacional era la hipótesis posible incluso probable para la CEE ¹²⁵. La creación de este Estado federal europeo resultaría de una interpenetración creciente de los capitales europeos, que constituiría de alguna forma su “base nacional europea” a la que debería corresponder una forma estatal. Poulantzas desarrolla una posición simétrica, que pone el acento en la dependencia europea respecto a los EEUU pues este país reproduce en el seno mismo de las demás metrópolis (en el sentido de “países desarrollados”) sus propias relaciones de producción. “Estas coordenadas que se relacionan con la reproducción ampliada del imperialismo dominante en el seno mismo de las demás metrópolis imperialistas, no conciernen sólo a las relaciones de producción: implican la extensión de las condiciones ideológicas de esta reproducción en el interior de estas metrópolis” ¹²⁶. Por ello, los Estados europeos se convierten en vectores de la extensión de las relaciones de producción de los EE UU: “Estos Estados toman ellos mismos a su cargo los intereses del capital imperialista dominante en su desarrollo en el seno de la ‘formación nacional’ a saber en su interiorización compleja a la burguesía interior a la que domina” (p.72). Este análisis, que parte justamente de la transnacionalización del capital y de su impacto sobre el Estado nación, conduce a su autor, aunque se defiende de ello, a presentar a los EE UU como un “superimperialismo” que no sólo domina las relaciones de producción de los países europeos (lo que, por supuesto, va más allá de indicadores estadísticos,

como la parte en el comercio mundial, el volumen de inversiones directas en el extranjero, etc.) sino que gobierna también su estructura estatal.

Este diagnóstico no tiene fundamento. Se pueden analizar las transformaciones de la UE hasta hoy como producto combinado de la acción de los Estados-nación, de la presión de los grupos financieros, bancarios e industriales, y de las propias instituciones comunitarias, en primer lugar de las cuales se encuentra por supuesto la Comisión, cuyo crecimiento burocrático se alimenta del papel que cumple ¹²⁷. La UE no se ha convertido en un conjunto políticamente integrado en el que el Estado toma a su cargo a nivel federal las cuestiones como la moneda, la defensa, etc., y en el que los ciudadanos votan directamente para la representación política federal. No puede ser, sin embargo, reducida a una simple construcción intergubernamental analizada por Raymond Aron y la corriente “realista” de las relaciones internacionales.

La construcción híbrida

La UE es una construcción híbrida que constituye una “respuesta” a los procesos de mundialización del capital, admitiendo que esta mundialización se desarrolla en formas políticamente determinadas, particularmente en Europa, donde los Estados-nación han tomado la forma más acabada. La mundialización del capital, hay que recordarlo, no es una simple conclusión de una tendencia “espontánea” (“el mercado mundial está contenido en la noción misma de capital”). Adopta hoy una fisonomía que está marcada por el dominio de un capital rentista –que funciona por apropiación de rentas o por captación de riquezas basada en la existencia de diferentes tipos de derechos de propiedad– cuya envergadura es mucho más importante que a comienzos del siglo XX, pero también por el tipo de relaciones de fuerza interestatales (hegemonía americana) y las configuraciones estatales producidas por la historia.

Dicho de otra forma, los formas de dominación política ejercidas a cuenta del capital no son inmutables; siguen dominadas por la existencia de clases dirigentes que están organizadas en un espacio sociopolítico delimitado por un territorio. La UE es un intento de atemperar las contradicciones entre el movimiento del capital y las formas históricas en las que ha construido su dominación política y que actúan como condicionamientos. La diversidad de las respuestas a las cuestiones económicas y políticas que afronta la UE es reveladora de estas contradicciones. Se encuentran ciertos terrenos en los que los procesos de integración de la UE están muy avanzados, como muestra la creación de una moneda única. El Banco Central Europeo es claramente una institución cuya creación desplaza el poder hacia la UE.

La decisión de crear una moneda única es, en parte, el fruto de una voluntad política que no es evidentemente reducible a la dimensión política de la pareja formada por Kohl y Mitterrand. La iniciativa participa así del combate colectivo del capital de los países europeos, cuya defensa está asegurada por los Estados, que aceptan para esta “causa”, la pérdida de un atributo histórico de su soberanía. Esta decisión remitiría pues al deseo expresado por el liberalismo tipo Hayek de alejar la gestión de la moneda de las presiones y

reivindicaciones de los asalariados que pueden presionar a las autoridades monetarias para adoptar comportamientos “laxos” (creación monetaria, etc.) /²⁸. Pero la creación del euro no corresponde a una nueva etapa en un proceso de integración armonioso, en la forma en que las teorías neofuncionalistas dan cuenta del proceso europeo. Introduce contradicciones ya perceptibles en el plano externo –el estatuto de moneda de reserva internacional del euro frente al dólar exige bastante más que una “competitividad” económica de la UE– y potencialmente explosivas en el plano interno de la UE, como el lugar de la política presupuestaria (y por tanto fiscal) de los Estados miembros. La ampliación de la UE va a agudizar estas contradicciones.

Los Estados nación siguen siendo las piezas esenciales de la UE. Las cuestiones de defensa en las que su dominio es más fuerte que en cualquier otro terreno, aclaran igualmente las contradicciones más generales de la construcción comunitaria. La necesidad para la UE de reforzar su potencia militar es hoy crucial y se ve incluso aumentada debido al curso tomado por los EE UU desde el año 2000. La PSDC proporciona un marco favorable para este reforzamiento bajo la acción de las tres fuerzas motrices (Estado, capital e instituciones comunitarias) de la construcción europea. Junto a los Estados, cuyo papel es evidente, la acción de los grupos de la industria de la defensa es igualmente importante. El proceso de concentración lleva a la creación de algunos grandes grupos europeos (en la aeronáutica, el espacio y las tecnologías de la información). Este proceso ha llevado a los Estados a organizarse de forma conjunta para establecer frente a esta “oferta” cada vez más concentrada, una “demanda” cuyo poder de mercado sea capaz de resistir. Su acción pasa por la creación de una agencia de compra de materiales militares europea (OCCAR) (inscrita en el proyecto de Constitución), lo que permitiría la creación de un mercado común de los equipamientos de defensa, la estandarización y la interoperatividad de los equipamientos proporcionados a los ejércitos, el aumento del número de programas de I+D llevados en común, etc. Incluso la Comisión, a quien le estaba prohibido expresarse sobre las cuestiones de “defensa”, ha comenzado a entrar en el debate por medio de las tecnologías de doble uso (militares y civiles, igualmente calificadas de “duales”) en tanto que son una componente de la política tecnológica que es de su competencia; más recientemente a través de las cuestiones industriales (ataques a la competencia en la concentración, etc.). También ha enviado “señales”, en parte concertadas con los Estados europeos afectados, a través de las decisiones de la directiva sobre la competencia sobre fusiones entre grupos americanos algunas de cuyas actividades son militares (Boeing-MDD, GE-Honeywell, etc.).

Sin embargo, no hay que esperar la llegada de una “defensa común” europea como otros esperarían a Godot. El marco está dispuesto, las fuerzas que empujan por un reforzamiento de la potencia militar son activas. La alianza transatlántica sigue siendo dominante, se organiza bajo formas diversas que no reflejan sólo la relación de los países de la UE con los EE UU, sino también el grado de cooperación y de rivalidad intereuropeas. Una de las expresiones de ello es la combinación cambiante de “parejas” entre Alemania, Francia y el Reino Unido (es algo más raro la formación de un trío). Por ello la cuestión no está en preguntarse si la PSDC verá la luz “a tiempo”, sino en observar cómo

constituye ya, a la vez, un discurso y un factor muy real para el desarrollo del militarismo en Europa.

*** Nota de Correspondencia de Prensa:** Claude Serfati, economista, maestro de conferencias e investigador en el Centro de economía y ética por el medioambiente y el desarrollo de la Universidad de Versailles- Saint Quentin de Yveline. Autor entre otros libros de *"La mondialisation armée. Le déséquilibre de la terreur"* (Editions Textuel, Paris 2001), y contribuyó a la obra *"Les pièges de la finance mondiale: diagnostics et remèdes"*, coordinada por Francois Chesnais y Dominique Plihon. Colabora regularmente con las revistas Carré Rouge (Francia) y A l'encontre (Suiza).

Bibliografía

- 1/ Cf artículo j.4: "La política exterior común de seguridad incluirá todas las cuestiones relativas a la seguridad de la Unión, incluida la definición más adelante de una política de defensa común que podría, llegado el momento, conducir a una defensa común".
- 2/ Heisbourg F. (con otras contribuciones), "European Defence: Making It Work", Chaillot Papers, 42, septembre 2002, p.23.
- 3/ The European Convention, WG8 22, 16 diciembre 2002.
- 4/ El objetivo de Petersberg (60.000 soldados desplegados) exigiría en la práctica la existencia de una reserva de 180.000 (rotación, soporte de las tropas, etc.) Los Estados europeos han confirmado en el 2001 la existencia de un potencial de más de 100.000 soldados, 400 aviones de combate y 100 navíos de guerra.
- 5/ Ver entre numerosas declaraciones, las de M. Védrine, entonces ministro de Asuntos Exteriores: "la defensa europea no es solo buena para Europa, sino también para la Alianza", (Le Monde, 13/06/2001) o recientemente por M Alliot-Marie, ministra de Defensa que recuerda que "la OTAN es la garantía mayor de nuestra seguridad colectiva".
- 6/ Carchiedi considera que contradicciones entre los EE UU y la UE, similares a las que han existido entre los Estados Unidos y la URSS, podrían desarrollarse. G.Carchiedi, "Imperialist contradictions at the Threshold of the Third Millenium: A new Phase?", en R. Albritton, M.Itoh, R. Westra, A. Zuege, Phases of Capitalist Development, Boom, Crise and Globalizations, Palgrave Pub, 2001.
- 7/ C.Serfati, "Coopération européenne et intégration transatlantique des industries d'armement: le cas de l'aéronautique", en J. Klein, P. Buffotot, N. Vilboux (bajo la dirección de), Vers une politique européenne commune en matière de sécurité et de défense: défis et opportunités, Economica, 2003.
- 8/.R.Cooper., "The Post-Modern State", in M.Leonard, Re-Ordering The World, The Foreign Policy Centre, London, 2002.
- 9/ El contrasentido para las nociones de hard y de soft power es frecuente en la literatura, sin que se sepa si es producto de la ignorancia. El creador de estas fórmulas, Nye, no ha considerado nunca que la existencia de un soft power sea posible sin la existencia del "bastón" que recuerda las realidades. "Las fuerzas armadas de los EE UU presentes en Asia favorecen también el desarrollo democrático en Asia, proporcionando un ejemplo claro y claramente visible del papel apolítico de las tropas americanas (...que) ha permitido a Asia del Sureste tener un fuerte crecimiento económico", "The Case for deep engagement", Foreign Affairs, 74, 4 julio agosto 1995, pp. 90-102. Muy recientemente, expresa su acuerdo con la nueva doctrina de seguridad nacional a la vez que critica a Bush, y considera que la presencia de los periodistas que seguían a los Ejércitos americanos era una buena ilustración del soft power pues ha frenado en seco la estrategia de Sadam de "crear una protesta internacional afirmando que las tropas americanas mataban deliberadamente civiles" (p.67). Se puede resumir así su concepción: "Los EEUU deberían inclinarse hacia el multilateralismo cada vez que es posible a fin de legitimar su poder y obtener un amplio consenso sobre su nueva estrategia" (p.69), "US Power and Strategy After Iraq", Foreign Affairs, julio-agosto 2003.
- 10/.Z.Laidi, P.Lamy, "La gouvernance ou comment donner sens a la mondialisation", en Jacquet P, Pisany-Ferry J., Tubiana L., Gouvernance Mondiale, Consejo de Análisis Económico, 2002.
- 11/ J. Habermas, "A Constitution for Europe?", New Left Review, septiembre-octubre 2001. pp.2-27.
- 12/ Joxe A., L'Empire du chaos. Les Républiques face a la domination américaine dans l'après guerre froide, La Découverte, 2002.
- 13/ Y. Salessse, Propositions pour une autre Europe. Construire Babel, Éditions du Félin, 1997.
- 14/ Se puede uno remitir a las alabanzas dirigidas al presidente de la República por su actitud sobre la guerra en Irak, incluso por ciertas personas del movimiento altermundialista, en la discusión sobre la ley de programación militar (2003-2008), del proceso Elf o incluso de la Francafrique, y de la operación "Licorne" en Costa de Marfil.
- 15/ Para Francia, estos aumentos están previstos por la ley de programación militar. Ya se ha producido un aumento de los créditos de equipamiento del 11,16% para 2003 y de 9,37% para 2004.
- 16/ Esta posibilidad está condicionada por la ausencia de oposición por parte de los países miembros, que pueden por el contrario practicar la "abstención constructiva".
- 17/ J. Solana, "A secure Europe in a Better World", European Council, Thessaloniki, 20 junio 2003.
- 18/ Numerosas operaciones militares emprendidas por la UE en los años recientes no entran en este radio: el Golfo, Timor, Sierra Leona, Rwanda y Afganistán.
- 19/ Howorth J., "The CSDP and the Forging of a European Culture", dans Irondello B. et Benneson P., "L'Europe de la défense: institutionnalisation, européanisation", Politique européenne, nº 8, automne 2002.
- 20/ CF. : "EU Force Seeks New Mission After Congo", Defense News, 8 septembre 2003.

- 21/ Esta cuestión está desarrollada en: Impérialisme et militarisme au vingt-et-unième siècle, Page 2, de próxima edición.
- 22/ Esto no tiene nada que ver con el fin de la guerra como herramienta de conquista o su ausencia definitiva de utilización. El esfuerzo militar intensivo de los EEUU (incluido el sistema de defensa antimisiles) está en gran parte destinado a “contener” a China, cuyo ascenso como potencia no se ve cómo podría seguir pacíficamente.
- 23/ Estas cuestiones son objeto de una atención particular de los investigadores de economía política internacional que se autodenominan “neogramscianos”.
- 24/ He analizado los límites de estos procesos de “transnacionalización” de las clases dominantes y de formación de un “Estado mundial” en C.Serfati, “Une bourgeoisie mondiale pour un capital financier mondialisé?”, en (obra colectiva), La Bourgeoisie: classe dirigeante d’un nouveau capitalisme, Syllepse, 2001.
- 25/ E. Mandel, Le Troisième Age du capitalisme, Les Editions de la Passion, 1997, p. 259, (primera edición 1976). (El Capitalismo Tardío, de. ERA, México, 1979).
- 26/ N. Poulantzas, Les Classes sociales dans le capitalisme aujourd’hui, Editions du Seuil, 1974, p. 67 (subrayado en el texto).
- 27/ La Comisión actúa como un árbitro entre los diferentes gobiernos, les sirve de representante en ciertas negociaciones internacionales y constituye una palanca muy importante en la supresión de derechos y conquistas sociales. Como toda burocracia investida de una autoridad pública, es una fuerza social que intenta hacer prevalecer sus intereses particulares y reforzar sus posiciones en el marco de las funciones que cumple.
- 28/ W.Bonefeld, “European integration: the market, the political and class”, Capital and Class, nº 77, 2003.